

Presentación

Vistas a la distancia, las torres de las iglesias sobresalían en el paisaje de las poblaciones de la América colonial. Las campanas instaladas en su parte superior cumplían diversas funciones: llamaban a la oración, marcaban las horas del día, recordaban el calendario litúrgico, anunciaban los hechos luctuosos y festivos, y alertaban de los peligros. Las torres cumplían, asimismo, una función simbólica: eran la manifestación más evidente de la importancia del clero católico al interior del cuerpo social. Las torres de las iglesias se diferenciaban en su morfología: las había ornamentadas y exentas de decoración, de un solo orden arquitectónico o de varios, de gran altura, con varios cuerpos, y otras de un solo cuerpo, más bajas y sencillas; en suma, reflejaban tanto los gustos de sus comitentes como de sus hacedores. Como las torres, el cuerpo eclesiástico no era uniforme. Una primera división estaba dada por su organización canónica. De un lado, estaba el clero secular, integrado por clérigos egresados en su mayoría de los seminarios conciliares; y, del otro, el clero regular, compuesto por los miembros de las grandes órdenes conventuales masculinas y femeninas. A esta diferencia, se sumaban otras, derivadas de las relaciones políticas, las ambiciones personales, las pretensiones institucionales, los intereses económicos y las adscripciones doctrinales. El clero distaba mucho, pues, de ser un cuerpo cohesionado.

La historia de la América colonial no es posible de ser entendida sin tomar en cuenta el gravitante rol que tuvo el cuerpo eclesiástico. Este tenía a su cargo no solo la instrucción religiosa y la cura de almas, sino también tareas asistenciales, en hospitales y hospicios, y educativas, en colegios y universidades. Frailes, clérigos y monjas, a su vez, participaban activamente de la vida política y económica colonial mediante sus relaciones

de parentesco y sus inversiones en la minería, la agricultura, el comercio y las finanzas. Este nuevo número monográfico de *Histórica*, titulado «Gentes de la Iglesia: relaciones políticas y sociales en el Perú y México (siglos XVI-XVIII)», explora la actuación de miembros del clero secular y de un indígena en el seno de las instituciones eclesíásticas, y cómo estas posibilitaron el establecimiento de vínculos no pocas veces reñidos con el espíritu evangélico preconizado por la misma Iglesia.

Una mirada más cercana a las biografías de los integrantes del cuerpo eclesíástico permite analizar en detalle la dinámica social del mundo colonial, no exenta de conflictos. En «El arcediano de México don Juan Negrete (siglo XVI): Entre el oficio y la disipación», Enrique González estudia la trayectoria de quien fue el primer catedrático secular de Teología en la universidad de la ciudad de México y miembro de su naciente cabildo catedralicio. Negrete participó en la inauguración de la universidad como primer rector y en 1555, pocos meses antes de morir, también enseñó Teología en ese centro de estudios. Diversos documentos relacionados con él, en su mayoría inéditos, muestran las dificultades internas que debieron sortear el primer obispo y cabildo eclesíástico de México para asentar la Iglesia secular en la capital novohispana. Negrete, antes que factor de cohesión en el cabildo, fue causa de divisiones y conflictos por su disipado estilo de vida y especialmente por su carácter, inclinado a la maledicencia y a la murmuración, fuente de enemistades, procesos y cárceles. Su caso muestra también la ambivalencia de no pocas personalidades que participaron en la creación de las instituciones peninsulares en aquellos territorios de conquista.

Los cabildos de las catedrales americanas jugaron un rol importante en el gobierno de las diócesis, ya que las administraron muchas veces más tiempo que los obispos, dados los prolongados periodos de sede vacante. Los cabildos fueron no pocas veces vistos como medios de ascenso y promoción social para las elites criollas. En «El cabildo y la universidad. Las primeras canonjías de oficio en México (1598-1616)», Leticia Pérez Puente explica de manera muy documentada las redes de intereses que se crearon alrededor de la provisión de las primeras canonjías de oficio en la catedral de México. Muestra que fue la universidad la que promovió su

creación, pues vio en esas plazas un destino profesional para sus estudiantes y un medio político para su consolidación institucional. Del mismo modo, se da cuenta de la oposición inicial del cabildo de la catedral a la creación de esas prebendas, pues alteraban las formas tradicionales de promoción de los capitulares e incrementaban la competencia, dando cabida a los letrados criollos y a la intervención directa de prelados y virreyes en la elección de quienes conformarían el cabildo.

La universidad y el cabildo catedralicio fueron los dos principales ámbitos de actuación de prominentes eclesiásticos criollos de fines del siglo XVI y principios del XVII en los virreinos peruanos y novohispanos. En «Obispo, financista y político: el doctor don Feliciano de Vega y Padilla (1580-1641)», Carlos Gálvez Peña reconstruye, sustentada en un importante corpus documental y bibliográfico, la actuación del limeño Feliciano de Vega en el cabildo catedralicio de su ciudad natal y su relación con la Universidad de San Marcos. Su vida y su obra permiten entender la compleja trama de poder y la fascinante dinámica de las relaciones entre la Corona y el virreinato peruano. Su poco conocida obra constituye una de las piedras angulares de la tradición memorialista peruana, interesada en la defensa de los derechos de prelación y el debate sobre la doctrina de la justicia distributiva. Gálvez analiza la conexión entre el doctor Vega y las principales instituciones virreinales: la universidad, el arzobispado, el cabildo catedralicio y la Real Audiencia. Asimismo, se estudia la manipulación de dichas instituciones por parte del grupo de los beneméritos, al que Vega perteneció.

El siglo XVII fue testigo de una eclosión de santidad. El santoral europeo y americano se vio nutrido de nuevos miembros. En la elevación a los altares de hombres y mujeres intervinieron factores de carácter religioso, como también político. La Compañía de Jesús fue particularmente activa en la promoción de sus «santos», en abierta competencia con otras órdenes religiosas, tanto en la Nueva España como en el Perú. Celes Alonso Espinoza, en «Un indio camino a los altares: santidad e influencia inquisitorial en el caso del “siervo de Dios” Nicolás de Ayllón», explica la intervención de la Inquisición en el proceso de beatificación del indígena chiclayano. Analiza el rol que tuvo la hagiografía de Ayllón,

escrita por el jesuita Bernardo Sartolo, en la construcción de su fama de santidad, y cómo la intervención de la censura inquisitorial y las declaraciones de los testigos terminaron por cuestionar dicha imagen de santidad, lo que trajo como consecuencia la suspensión del proceso que buscaba elevar a Ayllón a los altares.

Este nuevo número monográfico de *Histórica* sobre los miembros del clero, sus allegados e instituciones en la Nueva España y el Perú busca hacer ver el interés que reviste estudiar la historia eclesiástica colonial desde una perspectiva social. La reconstrucción de las trayectorias vitales de las «Gentes de la Iglesia» arroja abundantes luces para entender el comportamiento político y económico de las mismas, sin lo cual nuestra visión de los siglos del dominio colonial español resultaría incompleta.

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ
Director